
CICLOS POLITICOS Y MOVILIZACION ETNICA: EL CASO VASCO*

Donatella della Porta y Liborio Mattina

Introducción

A lo largo de los últimos veinte años han surgido determinados movimientos políticos étnicos en muchas regiones occidentales. Su declive parecía inevitable como consecuencia de las nuevas fronteras fijadas por la Segunda Guerra Mundial¹. Estos movimientos persiguieron diferentes fines: la defen-

* Ponencia realizada para el Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, París (Francia), 15-20 julio 1985. Sesión especial núm. 30: *Political Cycles, Social Insurgency and Political Realignment*.

Este artículo expone los resultados de una investigación llevada a cabo en el País Vasco durante el verano de 1983. Durante nuestro trabajo de campo entrevistamos a muchos profesores y políticos a los que queremos agradecer su colaboración. Damos especialmente las gracias a Maggy Barrere, Juan Pablo Landa, Iñaki Muñagorri y a todos los amigos de la Facultad de Derecho de San Sebastián, de la Universidad del País Vasco; sin su ayuda esta investigación difícilmente hubiera sido posible.

¹ E. ALLARDT, «Le minoranza etniche nell'Europa occidentale: una ricerca comparata», en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, XI (1981), pp. 91-136; D. L. HOROWITZ, «Patterns of Ethnic Separatism», en *Comparative Studies in Society and History*, XXIII (1981), pp. 165-195; M. HECHTER, *Internal colonialism. The Celtic Fringe in British National Development 1536-1966*, Londres, Routledge and Keagan, 1975; P. A. GOUREVITCHE, «The Reemergence of "Peripheral Nationalism". Some Comparative Speculations on the Spatial Distribution of Political Leadership and Economic Growth», en *Comparative Studies in Society and History*, XXI (1979), pp. 313-322; W. BELLA y W. FREEMAN (eds.), *Ethnicity and Nation Building: Comparative, International and Historical Perspectives*, Beverly Hills, Sage, 1974; J. KREJCI, «Ethnic Problems in Europe», en S. M. GI-

sa de sus lenguas regionales, la demanda de autonomía política o incluso de independencia. A pesar de las numerosas diferencias entre y dentro de estos grupos, los movimientos étnicos se han caracterizado por un elemento común: la valoración de atributos culturales compartidos por sus militantes. La raza, la lengua, la religión, el territorio, la referencia a instituciones previas, símbolos, tradiciones históricas han alimentado las demandas políticas² que se han presentado a los Gobiernos centrales y han alcanzado distintos grados de intensidad y éxito.

El resurgir de las protestas étnicas parece algo especialmente inesperado, además, porque la literatura del cambio político hizo hincapié fundamentalmente en los efectos integradores de la modernización³. Estos estudios presuponían que el desarrollo económico y la centralización política llegarían a crear eventualmente una identidad nacional única entre grupos tradicionalmente con intereses en conflicto⁴. Por el contrario, los análisis de la inesperada aparición de movimientos étnicos han subrayado los resultados desintegradores y conflictivos de la modernización. De hecho, la modernización fuerza a algunos sectores de la población hacia sistemas de recompensas nuevos y desfavorables —o al menos percibidos de este modo—, mientras que ofrece a otros grupos sociales un acceso privilegiado al poder político y económico. Produce conflictos entre distintos grupos, dejando sin resolver en sociedades multiétnicas el problema de la integración política nacional⁵.

Al tiempo que no se infravaloran sus méritos, algunas de las nuevas contribuciones al estudio del conflicto étnico también comparten algunos de los

NER y S. ARCHER (eds.), *Contemporary Europe: Social Structure and Cultural Patterns*, Londres, Routledge and Keagan, 1978, pp. 124-171; J. LINZ, «Early State Building and Late Peripheral Nationalism Against the State», en S. N. EISENSTADT y S. ROKKAN (eds.), *Building States and Nations*, Beverly Hills, Sage, 1973, pp. 32-112; D. W. URWIN y S. ROKKAN (eds.), *The Politics of Territorial Identity: Studies in European Regionalism*, Beverly Hills, Sage, 1982; M. ANDERSON, «The Renaissance of Territorial Minorities in Western Europe», en *West European Politics*, I (1978), pp. 128-143; A. D. SMITH, *The Ethnic Revival*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; A. MELUCCI y M. DIANI, *Nazioni senza stato*, Firenze, Loescher, 1983.

² Por «demandas políticas» nos referimos a las preferencias en términos de políticas gubernamentales, expresadas por actores políticos capaces de suponer que los que realizan las políticas nacionales les prestarán atención (véase G. O'DONNELL, *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley, 1973, p. 29).

³ Se han dado distintas definiciones del concepto de modernización. En este artículo, la «modernización» se relaciona con el crecimiento de la industrialización y la construcción de un Estado nacional.

⁴ Los trabajos más significativos desde esta perspectiva son G. A. ALMOND y J. S. COLEMAN, *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press, 1980; D. A. APTER, *The Politics of Modernization*, Chicago, Chicago University Press, 1967; K. W. DEUTSCH, «Social Mobilization and Political Development», en *American Political Science Review*, LV (1961).

⁵ Estos análisis están expuestos en R. MELSON y H. WOLPE, «Modernization and the Politics of Communalism: A Theoretical Perspective», en *American Political Science Review*, LXIV (1970), pp. 1109-1121; HECHTER, cit.; HOROWITZ, cit.; D. CHIROT, *Social Change in the Twentieth Century*, Nueva York, Harcourt Brace Janovith, 1977; I. WALLERSTEIN, «Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis», en *Theory and Society*, III (1976), pp. 461-481.

defectos presentes en la literatura de los sesenta. Tienden a proponer una interpretación macrosistémica de las causas y, por lo tanto, evitan el problema de cómo surge la protesta. Ignorando que los movimientos sociales no aparecen en todas las situaciones caracterizadas por un conflicto étnico, estos análisis «deductivos» hacen derivar de forma mecánica la existencia del movimiento de la de los conflictos.

El propósito de este artículo es tratar la relación conflicto-movimiento adoptando un procedimiento «inductivo», aplicado al estudio de casos. Ello conlleva un examen de la formación del movimiento étnico activo en el País Vasco español⁶ desde la mitad de los sesenta y los resultados de su acción, concentrando la atención en el tipo de recursos ambientales y de oportunidades políticas que permitieron la movilización y el desarrollo de las organizaciones étnicas.

El problema de la movilización⁷ está, lógicamente, situado a medio camino entre el examen de las causas del conflicto y las del surgimiento del movimiento. De hecho, un movimiento no puede existir sin movilización, y la movilización comienza únicamente cuando las decisiones políticas importantes del Gobierno central parecen no satisfacer las ambiciones o intereses de distintos sectores sociales. Por lo tanto, el análisis de la movilización hace que el problema de las causas del conflicto se diferencie del de cómo emerge un movimiento y se desarrolla, y ofrece, al tiempo, una mejor perspectiva para detectar las correlaciones entre el conflicto y el movimiento. Así, pues, ayuda a evitar conclusiones erróneas sobre las causas del conflicto, como las que alcanzaron —como veremos en las conclusiones— algunas interpretaciones mecánicas que son totalmente inadecuadas para examinar las identidades y conductas de los actores étnicos del conflicto.

Antes de comenzar el análisis del caso vasco, necesitamos especificar las variables que consideramos importantes en la explicación de la movilización y el desarrollo del movimiento vasco. Está claro que la existencia de atributos culturales objetivos, compartidos por los miembros del grupo étnico, ha sido una condición necesaria para el surgimiento de estos movimientos. Pero estos atributos culturales no parecen constituir un factor suficiente de explicación. De hecho, algunos movimientos se originan dentro de grupos étnicos que se han caracterizado por una débil difusión de atributos culturales importantes, como, por ejemplo, el uso de la lengua⁸. Sin embargo, estos grupos en oca-

⁶ Al hablar del País Vasco nos referimos a las provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, que tienen una población total de 2.135.000 habitantes (1981). En 1978 fueron reconocidas por el Estado español como la *Comunidad Autónoma Vasca*, y se le confirió su propio Estatuto y un Parlamento, elegido por primera vez en 1980. El movimiento vasco se extendió también en Navarra, que no forma parte de esta *Comunidad*. En lengua vasca, el nombre del País Vasco es Euzkadi.

⁷ En este trabajo utilizamos el concepto de «movilización política» tal y como fue definido por Tilly. Véase TILLY, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison Wesley, 1978.

⁸ En una minoría entre los más militantes, como la del País Vasco español, sólo el

siones se convierten en políticamente más relevantes que otros en los cuales las bases étnicas de la protesta parecen ser más homogéneas.

Sin minimizar la importancia de los atributos culturales, es necesario mencionar otros requisitos que la literatura sugiere como relevantes para la aparición de movimientos sociales. Tres de ellos poseen una importancia notable: a) la existencia de redes de solidaridad que permiten una alta densidad de relaciones sociales entre los grupos en los que surge el movimiento⁹; b) la estructura de intereses compartida por los miembros del grupo étnico; c) el desarrollo de un sistema de oportunidades políticas favorable, que permita a las organizaciones del movimiento explotar el potencial de movilización del grupo¹⁰.

La primera de estas condiciones se refiere a las características del entorno al que pertenece el grupo. En el caso de los movimientos étnicos, podemos plantear la hipótesis de que el entorno social tiende a favorecer la difusión de las estructuras de solidaridad comunitaria, cuyos miembros comparten valores basados en tradiciones históricas y atributos culturales. Este tipo de redes constituye el recipiente natural para la lealtad y el compromiso que las organizaciones del movimiento buscan en su formación y desarrollo.

Los cambios sociales, tales como la industrialización y la integración nacional, pueden modificar las redes de solidaridad étnica y disminuir su capacidad de agregación social. De todos modos, las redes asociacionales modernas con una base de clase o de categoría pueden encontrar dificultades en prevalecer sobre las redes tradicionales. Uno de los obstáculos más importantes para el éxito de dichas redes sociales deriva, presumiblemente, de la difusión de formas de organización de la producción —como, por ejemplo, la empresa artesanal— que producen una estructura de intereses fragmentada. Esta configuración de intereses sociales, junto con las redes de solidaridad étnica,

21,7 por 100 (1975) de los individuos pertenecientes al grupo étnico podían hablar su propia lengua, el *euskera* (SIADCO, *Conflicto lingüístico en Euzkadi*, Bilbao, Euskaltzaindia, 1979, p. 68).

⁹ Para la utilización del concepto de solidaridad para explicar el surgimiento de movimientos sociales, véanse A. OBERSCHEAL, *Social Conflicts and Social Movements*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1973, y C. TILLY, *op. cit.*

¹⁰ La existencia de oportunidades políticas favorables ha sido considerada como una condición necesaria para la movilización política, particularmente en dos trabajos sociológicos: C. TILLY, *op. cit.*, y S. TARROW, *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change during Cycles of Protest*, Western Societies Program, Occasional Paper n. 15, Cornell University, 1983, pp. 26-34. Nos referiremos a ellos para la elaboración del concepto de sistema de oportunidad política. En particular, Tarrow definió esta variable como la «estructura de oportunidad política» y propuso hacerla operativa a través de tres indicadores. Las oportunidades para el éxito de un movimiento, en un régimen democrático, se incrementan por: a) la apertura de las instituciones formales del poder central a las demandas del movimiento; b) la existencia de un período de inestabilidad electoral en el que la coalición dominante ve como una amenaza inducir actitudes más tolerantes hacia las nuevas demandas políticas; c) la presencia de aliados influyentes y de apoyos al movimiento. En nuestro caso, tendremos que resolver el problema de encontrar un indicador empírico equivalente al de la inestabilidad electoral, que pueda indicar un estado de incertidumbre en la coalición dominante.

favorecen la preponderancia de identificaciones políticas basadas en tensiones culturales por encima de las que derivan de bases sociales.

La combinación de los tres factores —atributos culturales, redes de solidaridad y estructura de intereses— determina, pues, el potencial de movilización en el que pueden confiar las organizaciones del movimiento para configurarse a sí mismas y para inducir a la comunidad étnica a comprometerse en la acción política.

Otra variable considerada relevante para la movilización es el sistema de oportunidades políticas. Se refiere al conjunto de interacciones existentes entre el grupo étnico y los demás actores del sistema político, incluyendo las organizaciones estatales. Contribuciones recientes sobre movimientos sociales inciden en la influencia de este factor en el grado de éxito de las organizaciones estructuradas que interactúan mutuamente y con el Estado en el intento de alcanzar los fines de los movimientos. Utilizaremos esta variable para examinar los resultados obtenidos por el movimiento vasco en los primeros años de los setenta, en un período de relativa apertura de un poder central implicado en el cambio de régimen. Pero pretendemos utilizar también este concepto para explicar la formación de las organizaciones del movimiento. Intentaremos analizar cómo en el régimen autoritario de Franco¹¹ un movimiento colectivo no creado desde arriba logró entrar en la escena política cuando el acceso de nuevos actores estaba sometido al estricto control del poder central.

Ciclo económico y resurgimiento del movimiento étnico

El nacionalismo vasco surgió en el último cuarto del siglo XIX como una reacción de la clase media urbana de Bilbao —artesanos, pequeños comerciantes, miembros de profesiones liberales— ante los cambios políticos que produjo la industrialización: es decir, la aparición de una máquina clientelista controlada por la oligarquía industrial y el surgimiento de los sindicatos socialistas apoyados por la clase trabajadora inmigrante. En su búsqueda de representación política, estos estratos urbanos encontraron en la ideología nacionalista elaborada por Sabino Arana Goyri una expresión adecuada de su descontento. La ideología nacionalista se hizo políticamente relevante sólo después de su confluencia en el *Partido Nacionalista Vasco* (PNV), fundado por Arana en 1895, por sectores de pequeños empresarios dependientes de las grandes industrias del hierro y del acero. Estos grupos rechazaron aceptar los altos precios del hierro impuestos por Madrid. Encontraron su liderazgo político

¹¹ Un régimen autoritario presenta estas principales características: pluralismo limitado, débil ideologización, bajo grado de movilización colectiva, un líder con poderes extensos. Véase J. LINZ, «Totalitarian and Authoritarian Regimes», en F. I. GREENSTEIN y N. W. POLSBY (eds.), *Macropolitical Theory*, Reading, Mass., Addison Wesley, 1975, pp. 252-306.

en sectores oligárquicos nacionalistas, más interesados en el desarrollo de una flota mercantil que en el mantenimiento de un monopolio de la industria del hierro y el acero¹².

Al final de los años cincuenta y a comienzos de los sesenta, la tensión étnica reapareció en el País Vasco en el período de rápidos cambios que siguió al fin de la autarquía. Esta tensión favoreció la creación de un movimiento que se caracterizó por un radicalismo político, un compromiso militante, un apoyo de masas, un uso de la violencia tan intenso y persistente como para crear serios problemas a la unidad estatal de España.

El específico entorno social en el que surgió el movimiento le proporcionó importantes lealtades y recursos materiales. A pesar de los profundos cambios en la región vasca a lo largo del siglo, las demandas políticas determinadas por las divisiones sociales nunca prevalecieron sobre aquellas producidas por las divisiones culturales. De este modo, las identificaciones políticas basadas en la solidaridad de clase tuvieron dificultades para prevalecer. Entraron en conflicto con la identificación política fundada en una base étnica o permanecieron subordinadas a ésta.

La reaparición del movimiento étnico estuvo favorecida por la nueva ola de industrialización, ayudada por inversiones extranjeras y por el flujo de capital debido al fuerte desarrollo del turismo y a las remesas de los emigrantes¹³. El desarrollo económico de estos años dio lugar a un rápido crecimiento demográfico en las ciudades y a un masivo desplazamiento de la población hacia las áreas de mayor concentración financiera e industrial: Madrid, Barcelona y Bilbao. En el País Vasco, la «segunda industrialización» afectó, como en el pasado, principalmente a las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. El proceso de urbanización se concentró, una vez más, en el gran Bilbao y en algunos municipios industriales del área de San Sebastián. Estos cambios demográficos favorecieron, al mismo tiempo, la emergencia de una burguesía autóctona situada en las ramas ejecutivas de las pequeñas y medianas empresas y la creación de una concentración geográfica de los trabajadores industriales que habían inmigrado desde las demás regiones españolas¹⁴. La crisis de las pequeñas unidades productivas en la agricultura (el

¹² Sobre el primer movimiento nacionalista vasco, véanse A. ELORZA, *Ideología del nacionalismo vasco, 1876-1937*, San Sebastián, Haramburu, 1978; «BELTZA», *El nacionalismo vasco, 1876-1936*, San Sebastián, Txertoa, 1976; J. CORCUERA ATIENZA, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Madrid, Siglo XXI, 1979; S. PAYNE, *El nacionalismo vasco*, Barcelona, Dopesa, 1974.

¹³ Sobre el desarrollo económico en España durante este período, véanse R. CARR y J. P. FUSI AIZPURUA, *Spain, Dictatorship to Democracy*, Londres, Allen & Unwin, 1979, pp. 49-78; J. ESTEBAN, «The Economic Policy of Franquism: an Interpretation», en P. PRESTON (ed.), *Spain in crisis. The Evolution and Decline of Franco regime*, Hassocks, Haberster Press, 1976, pp. 82-100.

¹⁴ El balance migratorio del País Vasco sobrepasó entre 1951 y 1970 las 300.000 personas, y estuvo más difundido en Vizcaya (*Abertzales y vascos*, Madrid, Akal Universitaria, 1982, pp. 126 y 129). En 1970, un 30 por 100 de los residentes en Euzkadi habían nacido fuera del País Vasco (L. NÚÑEZ, *Clases sociales en Euzkadi*, San Sebastián, Txertoa, 1977, p. 163).

caserio)¹⁵ aceleró el crecimiento de la población urbana. La urbanización abrió a muchos nuevos inmigrantes la perspectiva de una movilidad social descendente. Las olas migratorias y la dislocación de amplios grupos de la población desde el campo a las áreas urbanas favoreció la reaparición de sentimientos nacionalistas. La inevitable degradación urbana, la pérdida de raíces geográficas de grupos sociales completos y la crisis del sistema tradicional de valores extendieron los sentimientos de malestar y de inseguridad entre la población local.

Es importante subrayar que, con la excepción del área de Bilbao, la estructura de clases de la región vasca después de la segunda ola de industrialización era fragmentaria, con muchos artesanos y trabajadores de fábricas pequeñas. Estos eran una mezcla de trabajadores industriales y campesinos, que se desplazaban diariamente entre las áreas urbanas y el campo. Este tipo de desarrollo reforzó las ya existentes diferencias entre Vizcaya y Guipúzcoa, con efectos cruciales en el desarrollo de un movimiento étnico en las dos regiones. En el gran Bilbao, las inmigraciones masivas proporcionaron la fuerza de trabajo necesaria para una concentración de grandes industrias. El sector industrial de Guipúzcoa, compuesto por pequeñas y medianas empresas, se diseminó a lo largo de la región, ofreciendo oportunidades de empleo a los grupos recientemente urbanizados. Esta estructura fragmentada de la producción dio lugar a la aparición de intereses sociales homogéneos con los de los trabajadores industriales, pero difícilmente organizables utilizando modalidades de representación de intereses similares a las del movimiento sindical. De este modo aparecieron grupos sociales cuya identidad política estaba formada principalmente en las estructuras de solidaridad que emergieron en el período preindustrial y que habían sobrevivido hasta entonces. Estos nuevos grupos sociales constituyeron la base principal para los componentes más radicales del nacionalismo vasco.

La ausencia de una estructura de clases con límites bien definidos contribuyó a la aparición de una identificación política centrada en una base étnica¹⁶. La protesta nacionalista fue, entonces, posible a causa de los límites impuestos por una fragmentación social que había sido sobrepasada por la solidaridad étnica. Una ética de fraternidad católica¹⁷, a la que las guerras car-

¹⁵ Al comienzo de los setenta, en sólo 8 de los 168 *caseríos* del municipio de Fuenteabaja había un heredero en situación de continuar haciéndose cargo de él (D. J. GREENWOOD, «Tourism as an Agent of Change: a Spanish Basque Case», en *Ethnology*, XI, 1972).

¹⁶ La presencia contemporánea de una estructura productiva fragmentada y de unas redes de solidaridad subcultural puede encontrarse también en el caso italiano. Véase C. TRIGLIA, «Le subculture politiche territoriali», en *Quaderni della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli*, 1981, pp. 3-174.

¹⁷ Es importante subrayar que el catolicismo romano está particularmente enraizado en el País Vasco. Para citar unos pocos ejemplos, los porcentajes de asistencia a la misa dominical para la población mayor de siete años es, en 1971, del 71 por 100, es decir, el doble de la media nacional. El número de sacerdotes por cada 1.000 habitantes es

listas¹⁸ habían añadido el atributo de las virtudes guerreras, proporcionó una estructura de valores capaz de integrar a la comunidad. La presencia de un denso conjunto de organizaciones informales con características misógenas permitió la supervivencia de una solidaridad comunitaria basada en la ética de la fraternidad guerrera. Los principales ejemplos de este tipo de agregación social son, incluso hoy, las *cuadrillas*, que son un tipo de fraternidad que recluta a los hombres desde su infancia y mantiene su afiliación durante la mejor parte de su vida; la *sociedad* deportiva o gastronómica, que proporciona actividades recreativas para los varones adultos de la comunidad, y los círculos de vecinos. Aún más, la participación en estos grupos sitúa a cada miembro de la comunidad dentro de un denso sistema de relaciones interpersonales que estimula la solidaridad y crea circuitos alternativos de información.

La reaparición del movimiento estuvo, por lo tanto, estimulada por el compromiso de estratos sociales diferentes a aquellos implicados en la primera ola del nacionalismo. En particular, la clase media alta permaneció ajena al proceso de movilización. Durante el régimen de Franco, de hecho, la renta *per capita* del País Vasco, que era el doble de la media nacional¹⁹, no alentaba la iniciativa política de la burguesía local.

Del mismo modo, la organización política más importante de la primera ola del nacionalismo, el PNV, también permaneció inactiva²⁰. Había fracasado la esperanza de que una victoria de los aliados produciría una crisis del régimen, y los partidos que habían sido forzados al exilio por los resultados de la guerra civil eran incapaces de entender las transformaciones que iban apareciendo. Por lo tanto, crearon un espacio para nuevos actores políticos. En este primer período de recuperación étnica, el liderazgo fue, por lo tanto, asumido por una organización creada en 1959: *Euzkadi ta askatasuna* (País Vasco y Libertad), ETA.

En sus comienzos, dos estratos sociales se unieron a ETA: los estudiantes y el bajo clero. Los primeros, con orígenes en la clase media baja o en la clase media, formaron el grupo de jóvenes que rompió con el PNV y fundó la nueva organización. El crecimiento de grupos estudiantiles estuvo estimu-

de 1,8, frente al 0,8 de la media nacional (véase L. NÚÑEZ, *La sociedad vasca actual*, San Sebastián, Txertoa, 1977, pp. 65 y 83).

¹⁸ El movimiento carlista (que tomó su nombre de don Carlos de Borbón, hermano del rey Fernando VII) surgió al comienzo de la década de 1830 del conflicto entre las dos ramas de los Borbones. Los carlistas establecieron su base popular principalmente en el País Vasco, sobre todo en Navarra. Las dos guerras civiles de 1833-37 y 1872-76 dejaron en la región unas secuelas de reminiscencias y resentimientos que influyeron poderosamente en las actitudes políticas del pueblo vasco. Sobre el carlismo, véanse R. OYARZUN, *Historia del carlismo*, Madrid, 1965, y J. F. COVERDALE, *The Basque Phase of Spain's Civil War, 1833-1835*, Princeton, Princeton University Press, 1984.

¹⁹ Véase G. PAYNE, «Catalan and Basque Nationalism», en *Journal of Contemporary History*, VI (1971), p. 49.

²⁰ Sobre la actividad del PNV en el exilio, véase «BELTZA», *El nacionalismo vasco en el exilio, 1937-1960*, San Sebastián, Txertoa, 1977.

lado por la primera ola de protesta antifranquista en las Universidades²¹ y por el clima de apertura cultural producido, de un lado, por el desarrollo de una liberalización parcial y, del otro, por el desarrollo del turismo. En Euzkadi, un grupo de estudiantes dio una lectura de la historia vasca que desembocó en la elaboración de una estrategia pro independentista influida por las guerras anticolonialistas del Tercer Mundo, y en particular de Argelia, Cuba y Vietnam. Debido a la fuerte represión franquista de la lengua vasca (*euskera*)²², las primeras reivindicaciones concernían a la defensa de la cultura nacional: la enseñanza del *euskera* desde la escuela primaria; la celebración oficial de las fiestas nacionales, y en particular del *aberri eguna*; el uso público de la *ikurriña*, la bandera vasca.

En base a estos problemas, los estudiantes de ETA encontraron pronto el apoyo de los sacerdotes jóvenes²³. Cercano a los carlistas en el siglo pasado y al movimiento de Arana desde 1930, el bajo clero compartía con los estudiantes la misma formación educacional. Los colegios católicos les ofrecían a ambos la única posibilidad de formación intelectual en la región. Eran también, desde el final de la guerra civil, la principal institución para preservar la lengua vasca.

Sin embargo, hay que señalar que los jóvenes intelectuales de los cincuenta difícilmente habrían conseguido conferir a ETA un papel político significativo si no hubieran encontrado importantes aliados en el movimiento de la clase trabajadora y en los grupos católicos activos en las fábricas. Además, la liberalización económica favoreció una apertura política que permitió aparecer a los actores colectivos. Los cambios más relevantes fueron los relacionados con la legislación laboral, con una despenalización muy limitada del crimen de la huelga y el establecimiento de la negociación colectiva en un nivel firme. Al comienzo de los años sesenta, la introducción de las negociaciones en un nivel firme forzó al Gobierno a tolerar la presencia de un nuevo actor. Elegido por los trabajadores como un instrumento temporal para las negociaciones, *Comisiones Obreras* (CC. OO.) adquirió una estructura estable a lo largo de los años siguientes, y dirigió un ciclo de protestas que duró hasta el final de la década y fue particularmente fuerte en el País Vasco²⁴. Más aún, la lucha

²¹ En 1957 encontramos los primeros grupos estudiantiles de oposición al régimen. Durante un largo período de agitación, entre 1963 y 1965, exigieron el reconocimiento de un sindicato estudiantil democrático. Véase S. GINER, «Power, Freedom and Social Change in the Spanish University», en P. PRESTON, *op. cit.*, pp. 183-211.

²² La dictadura prohibió la utilización pública de la lengua vasca, las publicaciones en *euskera* y su enseñanza en la escuela. Una continua propaganda estatal invitaba a la población a hablar *castellano* también en casa (entrevista del 11 julio 1983).

²³ Muchos sacerdotes participaron activamente en ETA, otros simpatizaron con su actividad (J. GARMENDIA, *Historia de ETA*, San Sebastián, Haramburu, 1979, vol. I, p. 91).

²⁴ En 1964, Vizcaya y Guipúzcoa totalizaban el 38 por 100 de los conflictos laborales de todo el Estado (NÚÑEZ, *Clases sociales en Euzkadi*, cit., p. 198). En Vizcaya tuvo lugar la famosa huelga de la *Laminación de Bandas Echevarri*. Duró cinco meses y finalizó con la proclamación del estado de excepción. Este malestar laboral era apoyado por toda la población de la región. Véase *Nuestra huelga*, París, Ruedo Ibérico, 1968, que fue escrita por los trabajadores de esta fábrica. Sobre CC. OO., véanse F. ALMENDROS MRCILLO

sindical se mezcló con la actividad antifranquista de las organizaciones apostólicas que se habían guiado siguiendo la renovación ideológica del Concilio Vaticano II, orientado hacia la defensa de los derechos de los pueblos y de los trabajadores ²⁵.

En este clima de movilización política, el sentimiento vasco de identidad étnica revivió de nuevo. La celebración del *aberri eguna* de 1964 fue la primera manifestación de masas después de más de treinta años. La coincidencia dentro de la red organizativa de CC. OO. de teorías nacionalistas y socialistas, surgidas ambas en el País Vasco en mutuo conflicto, fue un acontecimiento político de gran importancia. Creada como un grupo cultural, ETA se vio empujada a la acción política, por su participación, a partir de 1962, en las organizaciones para la coordinación de las protestas obreras. Ello favoreció el reclutamiento de militantes de origen obrero, en particular entre los trabajadores de las pequeñas fábricas recientemente urbanizadas. Ayudó también a la elaboración de una ideología política socialista ²⁶. Al mismo tiempo, la organización estaba influida, especialmente en Guipúzcoa, por la extensión de reivindicaciones étnicas.

Ganando terreno dentro de los movimientos obreros y católicos, ETA, sin embargo, siguió siendo durante los primeros años de su existencia una organización con una docena escasa de militantes, incluso estuvo a punto de desaparecer en un período de mayor represión. A pesar de esta limitación, la relación de ETA y las organizaciones obreras, junto con el apoyo concedido por los sindicatos a las reivindicaciones étnicas, permitió la introducción de reivindicaciones nacionalistas en sectores sociales en los cuales nunca habían penetrado antes. Pero la débil difusión de las grandes fábricas impidió —como veremos más adelante— superar la vieja barrera entre el nacionalismo y el socialismo.

El cambio de los modelos económico y político: la elección de la lucha armada

Entre el final de la década de los sesenta y los primeros años de los setenta, las organizaciones del movimiento étnico maduraron, en un período de crisis del régimen. Al primer signo de dificultades económicas, el franquis-

et al., *El sindicalismo de clase en España (1939-1977)*, Barcelona, Península, 1978, pp. 38-81; J. ARIZA, *CC. OO. Comisiones Obreras*, Barcelona-Madrid, Arave Mañana, 1976.

²⁵ Los sindicatos católicos surgieron durante los sesenta, con frecuencia como descendientes directos de las organizaciones apostólicas que el franquismo, a causa de su relación con la Iglesia, se había visto forzado a tolerar.

²⁶ Sobre la evolución ideológica de ETA en los primeros años de su actividad, véase el bien documentado análisis de G. JÁUREGUI BEREZIARTU, *Ideología y estrategia de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI, 1981. Sobre la historia de ETA en su primera fase de existencia, véase también M. ONAINDÍA, *La lucha de clases en Euzkadi*, San Sebastián, Hórdago, 1979.

mo contestó la protesta con una violenta represión. A pesar de su debilidad organizativa, ETA se convirtió en el símbolo de la oposición a la dictadura. Al mismo tiempo, la represión empujó al grupo nacionalista hacia opciones políticas que iban a influir profundamente en todo su desarrollo de aquí en adelante.

En la segunda mitad de los sesenta, la crisis del régimen autoritario se hizo evidente. Las mayores dificultades surgieron con la recesión económica que golpeó en 1967 a las naciones industrializadas, ampliando sus efectos en la débil estructura productiva española. La dura respuesta al aumento del conflicto social disipó las esperanzas de una fácil solución al problema de la transformación del régimen. El fin de la fase de tolerancia condujo a la radicalización del movimiento sindical y de los demás actores colectivos que habían avanzado juntos en los años precedentes. CC. OO. fue declarada ilegal en noviembre de 1967 y se consideró a la protesta social como un problema de orden público. Como consecuencia se siguieron intervenciones policiales sangrientas durante las manifestaciones públicas y dimisiones masivas de los líderes sindicales en las fábricas. En enero de 1969, el empeoramiento de la crisis política estuvo marcada por la declaración del estado de excepción en toda España²⁷. En lugar de restaurar el orden en el país, la represión originó una nueva ola de protesta que tuvo una repercusión internacional durante el famoso juicio de los miembros de ETA que tuvo lugar en Burgos en diciembre de 1970. Las sentencias de muerte de seis militantes nacionalistas produjeron respuestas indignadas de la opinión pública internacional. Los países de la CEE, organización en la que España deseaba entrar, protestaron duramente. Finalmente, Franco fue forzado a indultar a los condenados. Dentro del país, el Gobierno del almirante Carrero Blanco contestó a la protesta con más represión. Por último, la crisis se aceleró con el asesinato del primer ministro, llevado a cabo por ETA en diciembre de 1973²⁸. Forzó a las élites políticas a buscar una solución al problema del sucesor de Franco.

El primer crecimiento organizativo sostenido de ETA fue causado por la represión de estos años. El final del período temporal de tolerancia del régimen alimentó la vieja idea de la necesidad de la lucha armada contra la dictadura. Debido a la ausencia de toda forma de compromiso político legal, en 1967, «muchos cientos de militantes optaron por las posiciones más radicales de ETA»²⁹. El asesinato de un militante durante un enfrentamiento con la *Guardia Civil*, en 1968, y el juicio de Burgos ganaron la simpatía de muchos antifranquistas para la organización vasca. De nuevo, la represión franquista

²⁷ Se promulgaron seis estados de excepción entre 1967 y 1970. Tres de ellos aplicados a Guipúzcoa, uno a Vizcaya y uno a toda España (NÚÑEZ, *La sociedad vasca actual*, cit., p. 126).

²⁸ Sobre las consecuencias políticas del asesinato de Carrero Blanco, véanse P. PRESTON, «The Anti-Francoist Opposition: the Long March to Unity», en P. PRESTON, *op. cit.*, pp. 125-126; J. AGUIRRE, *Operación Ogro*, Nueva York, Ballantine, 1975.

²⁹ ONAINDÍA, *op. cit.*, p. 84.

permitió a ETA reforzar sus lazos con el movimiento sindical, en donde, durante el período de represión, los métodos de organización clandestina encontraron muchos defensores. La elección de la ilegalidad estaba particularmente difundida en el País Vasco, en donde eran muy fuertes los sindicatos católicos que la apoyaban. ETA defendió la necesidad de actuar clandestinamente. La organización vasca, por lo tanto, participó en el experimento de los Comités de Empresa, creados en 1969 por el sindicato socialista UGT y por grupos católicos. En contra de CC. OO., los Comités de Empresa se negaron a utilizar, incluso con fines tácticos, los sindicatos del régimen y actuaron totalmente en la clandestinidad. En particular en Guipúzcoa —donde las exigencias de independencia habían sido expresadas por la *Comisión obrera provisoria*—, la estructura atomizada de la producción basada en la pequeña fábrica frustró el desarrollo de un movimiento sindical de masas. Produjo, en su lugar, una base adecuada para aquellos que apoyaban una organización clandestina para la lucha política y social.

La represión contribuyó a corto plazo al reforzamiento de ETA y afectó decisivamente a sus opciones estratégicas. Con la experiencia de los Comités de Empresa accedió a los problemas de la clase trabajadora. Pero, al mismo tiempo, desarrolló una mayor desconfianza en el potencial de la acción legal. A lo largo de los mismos años se definieron dos opciones políticas opuestas: la participación en el movimiento sindical con el fin de estimular el interés por el problema de los derechos étnicos; la creación de una vanguardia armada como expresión autónoma de la resistencia vasca a los «invasores».

La primera estrategia, la más extendida entre 1969 y 1972, se expresó en la constante participación en las iniciativas del movimiento sindical, en la importancia otorgada a la propaganda en las fábricas, en el modelo de organización elaborado, en la adopción de una ideología marxista-leninista, con una consiguiente subordinación de la independencia nacional a la lucha de clases. Los frecuentes encuentros con el Partido Comunista con vistas a una posible unión entre los dos grupos, la creación de un *Frente obrero*³⁰ activo en las fábricas de Guipúzcoa y las habituales referencias a la acción de los trabajadores españoles, dan testimonio de un período de cooperación y solidaridad entre el movimiento étnico y el movimiento de clase. El apoyo de los trabajadores creó para ETA la ilusión de una posible complementariedad entre las actividades clandestinas y la movilización de masas³¹.

³⁰ La estructura de la organización en sus primeros años da testimonio de la atención principalmente centrada en objetivos culturales. De las seis «ramas» en las que estaba dividida la organización, dos estaban dedicadas a la redacción y difusión de documentos, una a la enseñanza del *euskera*, otra a la organización de seminarios y sólo dos a las actividades de propaganda. Desde 1967, las «ramas» fueron sustituidas por los «frentes»: político, cultural, militar y sindical. Muy pronto se redujeron a los dos últimos. El modelo organizativo estaba basado en una estructura centralizada de células territoriales. Véase F. LETAMENDÍA, *Breve historia de Euzkadi. De la prehistoria a nuestros días*, Madrid, Ruedo Ibérico, pp. 244-279.

³¹ Entrevistas del 19 y 27 julio 1983.

Pero la opción «obrerista» fue rápidamente derrotada en el seno de la propia organización, donde su aparición había dado lugar a frecuentes tensiones y escisiones. La represión y la consiguiente radicalización del conflicto social empujaron a la organización a escoger entre la acción de masas y la acción armada y reforzó el ala militarista. Las corrientes cercanas al movimiento sindical finalmente se unieron a sus sindicatos y organizaciones políticas³², renunciando a las demandas étnicas. Después del primer asesinato, planeado en 1968³³, las actividades terroristas fueron muy criticadas y, durante unos pocos años, no se usaron (véase fig. 1). Sin embargo, la estrategia armada ganó nuevos adeptos después de la escisión del ala «obrerista».

La opción militarista prevaleció claramente después del asesinato de Carrero Blanco, pero no supuso una reducción del interés de ETA por la clase obrera. La organización nacionalista intentó aumentar su apoyo entre aquellos trabajadores industriales que, debido a sus tradiciones históricas y a su posición estructural, eran más accesibles a una definición étnica del conflicto político. La llamada de ETA continuó dirigiéndose a un proletariado indígena y a un «semiproletariado» recientemente urbanizado, cuya solidaridad interna se había preservado por medio de la supervivencia de una red subcultural, que había adquirido una mayor cohesión por medio de una ética de fraternidad guerrera de derivaciones católicas y carlistas.

A partir de los sesenta, la base de ETA se compuso, de hecho, de jóvenes varones de unos 25-30 años, de familias vascas de origen obrero o de pequeña burguesía, y de ciudades de tamaño pequeño o mediano con una fuerte difusión del *euskera*³⁴. Nuestros hallazgos sobre datos biográficos relacionados

³² En 1966, los militantes de ETA *Berri* (nueva ETA) abandonaron la organización, creando en 1970 el *Movimiento Comunista de España* (MCE). En 1970, las *Células Rojas* de ETA fundaron el grupo *Soiak*. En 1972 surgió de ETA VI *Asamblea* un grupo trotskista, LKI. En 1974, el *Frente Obrero* dio origen a otra organización nacionalista de izquierdas, LAIA.

³³ En 1968, después de un acontecimiento casi casual —un enfrentamiento armado con la policía que produjo la muerte de un militante de ETA y de un guardia civil—, la elección del terrorismo encontró su aplicación en el asesinato de un mando de la policía, Manzanos, acusado de haber utilizado la tortura durante el interrogatorio de los detenidos.

³⁴ Una investigación llevada a cabo entre 1974 y 1980, utilizando datos oficiales y entrevistas con militantes de ETA y con sus padres o amigos, muestra algunas conclusiones sobre la biografía y composición social de 447 supuestos miembros de la organización. El 97 por 100 son hombres, con una media de edad de veinticinco años al unirse a la organización. Sólo el 16 por 100 proviene de familias inmigrantes, que constituyen el 41 por 100 de las familias presentes en el País Vasco. En lo que respecta a los orígenes geográficos, el 40 por 100 proviene de ciudades en las que más del 40 por 100 de la población habla el *euskera*. Es necesario subrayar que este grupo estadístico incluye sólo el 19 por 100 de los centros urbanos vascos. El 40 por 100 de los militantes de ETA nació en ciudades entre los 10.000 y 50.000 habitantes, un grupo que incluye sólo el 25 por 100 de los municipios de Euzkadi. La información de los orígenes sociales, accesible en 81 casos, muestra que el 31 por 100 de los militantes proviene de la clase obrera, el 12 por 100 de la pequeña burguesía, el 30 por 100 tiene orígenes de clase media, el 3 por 100 de la clase alta, el 6 por 100 de parados y el 18 por 100 de estudiantes y sacerdotes. El artículo hace también hincapié en el papel de las *cuadrillas* y de los grupos

con los militantes de la organización muestran alguna evidencia sobre su procedencia geográfica y localización profesional. El 58 por 100 de los miembros de ETA son trabajadores; el 16 por 100, profesionales o empleados; el 26 por 100, estudiantes. Además, hasta un 51 por 100 proviene de Guipúzcoa (donde vive únicamente un tercio de la población vasca), en comparación con el 31 por 100 de Vizcaya (con más de la mitad del total de la población), el 4 por 100 de Alava y el 14 por 100 del resto de España³⁵. Al estar profundamente enraizados en la subcultura étnica, los militantes de ETA contactan con los nuevos reclutados utilizando esta red de grupos informales —*cuadrillas*, sociedades deportivas, etc.— que mencionamos con anterioridad.

El éxito de la fórmula política y organizativa de ETA aumentó, pues, cuando el Gobierno se hizo más represivo. Pero desde 1973 la organización nacionalista ha reducido sus intentos de movilizar su base potencial en la perspectiva de una alianza con otros actores colectivos. Por el contrario, ETA intentó principalmente extraer de éstos el apoyo logístico y los nuevos reclutamientos necesarios para una estructura militar, que será incapaz de adaptarse a los cambios políticos que se introdujeron más adelante, a comienzos de la transición del régimen.

*Conflicto étnico durante la transición a la democracia*³⁶

En los años que siguieron al asesinato de Carrero Blanco, algunos de los grupos sociales y actores políticos que habían apoyado el régimen de Franco lo abandonaron. La jerarquía eclesiástica, el movimiento carlista y amplios sectores del mundo empresarial se declararon favorables a una transición a la democracia. Este cambio de actitudes, junto con la caída de los regímenes

deportivos en facilitar el reclutamiento por parte de la organización. Véase R. P. CLARK, «Patterns in the Lives of ETA Members», en *Terrorism: an International Journal*, VI (1983), pp. 423-454. Sobre estos temas puede encontrarse información útil en la biografía de un militante de ETA: A. AMIGO, *Pertur. ETA 1971-1976*, San Sebastián, Hórdago, 1978.

³⁵ Para nuestra investigación utilizamos la información biográfica contenida en la revista *Punto y Hora*, de los años 1977 a 1982, y en dos suplementos del diario *Egin*, «Euzkadi: 1977-1982» y «Euzkadi: 1982». Los datos sobre profesión se refieren a 55 casos; los de nacimiento, a 74.

³⁶ Por «transición» entendemos la fase de cambio de régimen que corresponde al período de tiempo en el que ya había perdido algunas de las características del régimen anterior sin haber adquirido todavía todas las características de uno nuevo. En un nivel empírico, la transición se caracteriza por: a) la apertura de la escena política a actores colectivos previamente excluidos; b) el carácter fluido de las normas y procedimientos que gobiernan el sistema de representación y de toma de decisiones. La transición acaba con el pleno establecimiento de todos los derechos políticos y civiles, normalmente sancionados con la aprobación de una Constitución. No implica la estabilidad y legitimación del régimen; esto se encuentra relacionado con su posterior evolución. Para un análisis sistemático de este concepto, véase L. MORLINO, «Del fascismo a una democracia débil. El cambio de régimen en Italia (1939-1948)», en J. SANTAMARÍA (ed.), *Transición a la democracia en el sur de Europa y América Latina*, Madrid, Centro de Investigaciones

autoritarios en Grecia y Portugal en 1974, aumentaron los temores de los sectores más radicales del régimen. En el clima de incertidumbre que rodeó la sucesión de Franco, los conflictos crecientes entre las distintas facciones en el interior del régimen dieron lugar a dos años de violenta represión. Las vicisitudes del movimiento vasco estuvieron influidas de dos maneras distintas por la nueva situación política. En primer lugar, se crearon las condiciones para la reorganización legal de los partidos políticos. Pero el tipo del retorno a la democracia favoreció la prevalencia final de la opción terrorista en ETA.

La muerte de Carrero Blanco estuvo seguida por un renacer de las actividades de las fuerzas políticas que, desde el fin de la Segunda República, habían sobrevivido en el exilio³⁷. A pesar de las diferencias que se encontraron en la elaboración de una estrategia común, durante los Gobiernos de Arias Navarro y de Suárez los partidos restablecieron sus lazos con la sociedad civil. Desde el comienzo se determinó la influencia social de un partido en la región vasca. La presencia social del PSOE parecía ser bastante débil, y el PCE parecía destinado a jugar un papel subordinado. Por el contrario, el PNV logró adaptarse a la subcultura étnica, estableciendo desde el comienzo una fuerte presencia en la región. Apoyados únicamente por la oligarquía local del acero y la minería, los partidos de centro y de derechas —*Unión de Centro Democrático* (UCD) y *Alianza Popular* (AP)— estaban destinados a ser siempre débiles en el País Vasco. El PNV opuso a estos grupos políticos la imagen de un partido demócrata-cristiano que estaba guiado por la clase media, pero era interclasista en su base electoral. De este modo, el PNV reclamó con éxito el papel de hegemonía política, algo que la derecha no podía realizar.

ETA reaccionó ante el renacimiento de las fuerzas políticas tradicionales y el surgimiento de otras nuevas con un claro intento de desempeñar un papel activo. Incluso si la dimensión alcanzada por el grupo era mucho mayor que la de los grupos terroristas de extrema izquierda europeos³⁸, ETA seguía siendo una organización pequeña. Consciente de su debilidad organizativa con respecto a los partidos que resurgían en condiciones de semilegalidad, trató de construir estructuras no-clandestinas aptas para explotar políticamente los resultados

Sociológicas, 1982. Véase también G. O'DONNELL, P. C. SCHMITTER y C. WHITEHEAD, *Transition from Authoritarian Rule: Temptative Conclusions*, Baltimore, John Hopkins University, de próxima publicación.

³⁷ Se llevaron a cabo intentos para alcanzar y formalizar algún acuerdo entre los distintos partidos para una estrategia común. En el País Vasco existió la *Plataforma de Convergencia Democrática* (que comprendía básicamente al PSOE y al PNV), la *Asamblea Democrática de Guernica* (promovida por el PCE) y la *Koordinadora Abertzale Sozialista*, o KAS (apoyada por ETA).

³⁸ A pesar de la evidente dificultad de recolectar información fiable sobre la consistencia numérica de ETA, podemos citar los datos siguientes. Según un documento publicado por ETA, al final de 1975 un total de 500 miembros de la organización estaban en prisión y otros muchos vivían en el exilio. Según los datos de la policía, en 1978, 70 *comandos* de ETA, cada uno compuesto por 4-5 militantes, actuaban en España (A. MUÑOZ ALONSO, *El terrorismo en España*, Barcelona, Colección Tablero, 1982, p. 147). Por lo tanto, es probable que ETA contara en los años setenta con 1.000 militantes, una cifra muy alta si consideramos el total de la población de la región.

de las acciones militares. Una de las frecuentes escisiones dentro del grupo ocurrió, no accidentalmente, a fines de 1974, a causa de este mismo problema de la estrategia de adaptación. Un ala de la organización —ETA *militar* (ETAm)— afirmaba la independencia del núcleo armado de las organizaciones de masas. Este núcleo armado tendría la misión de reforzar militarmente las negociaciones políticas. El ala más activa y numéricamente fuerte —ETA *político-militar* (ETApM)— incidía, por el contrario, en la necesidad de coordinar las actividades legales y las acciones armadas bajo un único liderazgo. Para este fin, ETApM creó una serie de organismos políticos legales —los dos únicos con cierta relevancia fueron el sindicato (LAB) y el partido (EIA)— y participó en la creación de una coordinadora de pequeños grupos de izquierda (KAS).

Pero la actitud poco resuelta hacia una solución pacífica del problema vasco expresada por los componentes más radicales del movimiento étnico se decantó rápidamente a favor de la continuidad intransigente de la línea militarista. La estrategia terrorista estuvo, entonces, favorecida por la represión política a lo largo de la enfermedad de Franco. La ejecución de la pena capital contra el anarquista Puig Antich (marzo 1974) y contra tres militantes de un grupo izquierdista (FRAP) y dos miembros de ETA (septiembre 1975) dio lugar a una ola internacional de indignación. En España, el régimen reaccionó ante la protesta con la represión intransigente de todas las manifestaciones públicas³⁹. En el País Vasco, el malestar que siguió a la prohibición de celebrar el *aberi eguna* terminó con una serie de arrestos en masa y con la promulgación del estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa.

El nombramiento de Suárez como primer ministro, en el verano de 1976, sirvió para iniciar un proyecto de legitimación democrática de la nueva Monarquía constitucional que parecía estar seriamente comprometido bajo el Gobierno anterior de Arias Navarro. Un elemento importante para el éxito de esta iniciativa fue el reconocimiento de las autonomías regionales. Pero se llevó a cabo en un clima político cargado de tensiones producidas por los sectores más extremistas del régimen. Como resultado de la situación general, las negociaciones entre el Gobierno y los representantes de la comunidad vasca mostraron aspectos confrontados.

Estas negociaciones se caracterizaron por la voluntad del Gobierno, firmemente apoyado por el PSOE y el PCE, de amnistiar a los presos políticos vascos y de legalizar a los partidos nacionalistas cercanos a ETA. La necesidad de legitimación del nuevo régimen —que sería puesto a prueba en el referéndum nacional constitucional— y las fuertes presiones de los partidos de izquierda dieron lugar a la amnistía y a la legalización de dos partidos próximos a ETA: *Euzkadiko Ezkerra* (EE) —Izquierda de Euzkadi— y *Herri*

³⁹ Entre 1974 y 1975, 36 personas murieron durante manifestaciones públicas y controles policiales, 22 de ellas en el País Vasco (M. CASTELLS ARTECHE, *Radiografía de un modelo represivo*, San Sebastián, Ediciones Vascas, 1982, p. 82).

Batasuna (HB) —Unidad Popular—. Estas decisiones gubernamentales fueron tomadas como pruebas de una visión política que reduciría la posibilidad del terrorismo. Pero las negociaciones del Estatuto vasco de Autonomía y del Parlamento vasco coinciden con la adopción de leyes especiales contra el terrorismo que afectaron profundamente a una gran parte de la población vasca; la lista de víctimas de la violencia del Estado durante las manifestaciones públicas creció; *incontrolados* o *agentes provocadores* de la policía o de organizaciones derechistas operaron durante las fiestas tradicionales vascas para provocar desórdenes; se practicó la tortura durante el interrogatorio de los presos. En el mismo período, numerosos ataques criminales fueron organizados por grupos derechistas en el País Vasco⁴⁰. Por otro lado, los partidos de izquierda, dedicados a asegurar los derechos políticos democráticos de todos los actores colectivos, estaban menos dispuestos a apoyar las demandas vascas de una total autonomía. Las tradiciones centralistas del PSOE y del PCE y el miedo de ofrecer demasiado poder a un partido centrista como el PNV —el más fuerte a nivel regional— hace que estén menos dispuestos a apoyar las demandas del movimiento étnico.

Esta situación afectó enormemente a la actividad de ETA. Durante los años sesenta, las acciones de la organización no fueron distintas de las de otros grupos que el régimen autoritario forzó a la clandestinidad. Fue, por el contrario, durante el período de la transición democrática cuando la organización comenzó a utilizar el asesinato como la principal forma de acción política⁴¹.

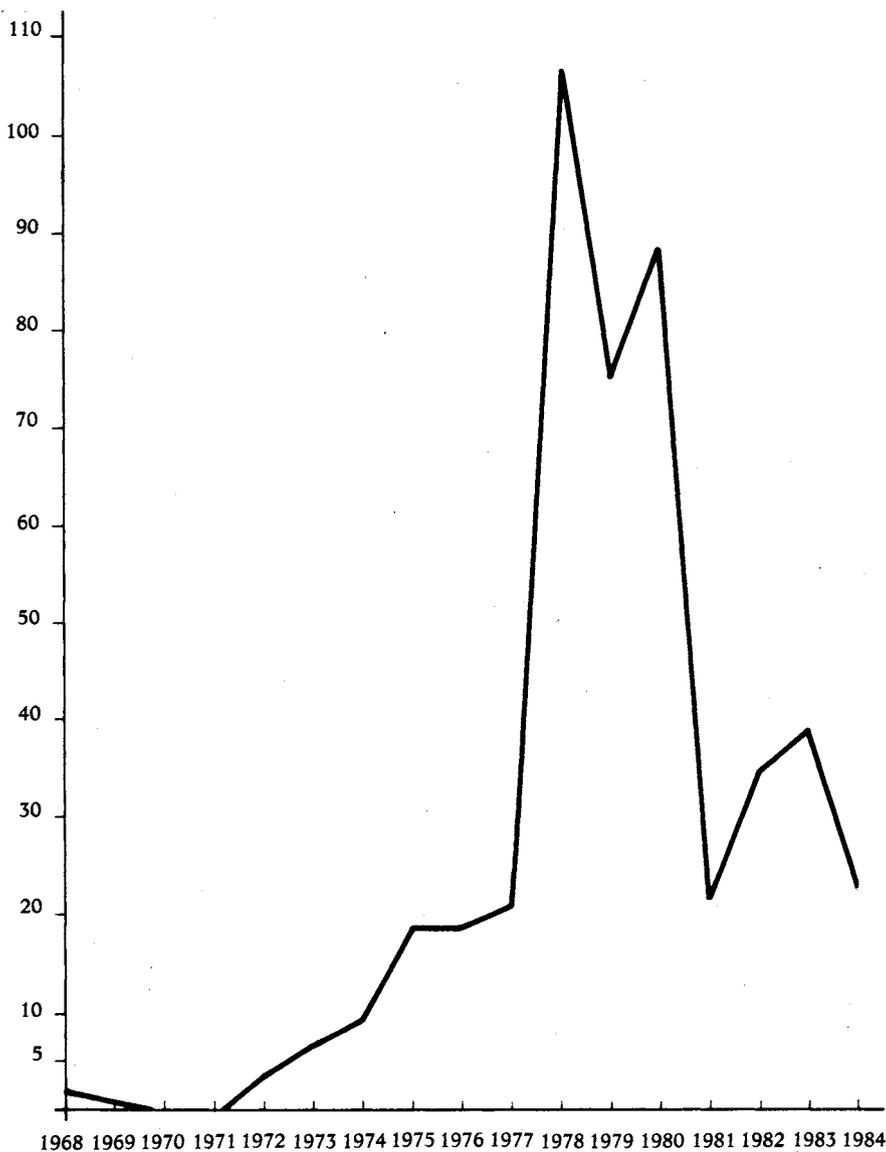
Los resultados de la lucha étnica: Euzkadi bajo el régimen democrático

Las manifestaciones de masas y una lograda campaña a favor de la abstención en el referéndum constitucional, dirigida por el PNV y por las organizaciones nacionalistas de izquierda, caracterizó la actividad política en la región vasca a lo largo de 1978. ETA trató de complementar estas actividades legales por medio de acciones terroristas, justificadas ideológicamente por la falta de «ruptura democrática» necesaria para una solución justa de los problemas nacionales vascos. Para apoyar esta última posición, ambas ramas de ETA —la *militar* y la *político-militar*— llevaron a cabo entre 1977 y 1980 la campaña terrorista más violenta que jamás había realizado desde el comienzo de su actividad (véase fig. 1). El objetivo más claro de ETA era apoyar, a través de medios militares, las negociaciones con el Gobierno que llevarían

⁴⁰ Organizaciones de derechas clandestinas fueron responsables de 14 asesinatos de militantes de izquierda o de personas que se suponía que eran militantes de izquierda (CASTELLS ARTECHE, *op. cit.*, p. 78).

⁴¹ Entre 1974 y 1976, ETA fue responsable de 14 asesinatos, un número limitado si observamos la escalada de los años siguientes, pero una cifra muy alta si consideramos que a lo largo de su actividad anterior sólo hubo dos asesinatos premeditados (véase fig. 1).

FIGURA 1

Muertos por ETA entre 1968 y 1984

FUENTES: Para el período de 1968 a 1979, A. MUÑOZ ALONSO, *El terrorismo en España*, Barcelona, Editorial Planeta, 1982, p. 71; para 1980, 1981 y 1982, «Euzkadi: 1977-1982» (suplemento del periódico *Egin*); para 1983 y 1984, *El País*.

al reconocimiento de la soberanía nacional de Euzkadi. El año más trágico fue 1978, con 107 muertes. Fue el mismo año del referéndum de la Constitución española, en el cual el movimiento vasco vio una respuesta inadecuada a sus reivindicaciones.

La intensificación de la actividad terrorista se reflejó también en la preocupación de ETA por una solución regionalista de la cuestión vasca —que sería negociada principalmente por el PNV— que podría llevar al fin de la supremacía de ETA en el movimiento étnico que duraba desde los sesenta. En opinión de los líderes de ETA, la continuación del conflicto con Madrid permitiría a la organización clandestina mantener la primacía de la iniciativa política en un entorno que no permitiría la renuncia a la clandestinidad y a la fuerza armada como medio para entrar en una negociación efectiva.

Pronto fue evidente que esta estrategia era inadecuada. En primer lugar favoreció la reaparición de tendencias golpistas de derechas dentro del Ejército y de la *Guardia Civil*, con frecuencia los objetivos de los golpes de ETA en este período. En segundo lugar aisló a la organización de un amplio sector de la población vasca que deseaba ver la supervivencia del régimen democrático. En tercer lugar permitió al PNV autocalificarse —tanto a un nivel nacional como local— como el único partido político capaz de proporcionar una solución no sangrienta a la cuestión vasca. De hecho, las negociaciones dieron lugar a una solución satisfactoria para las demandas vascas con el acuerdo finalmente alcanzado en julio de 1979 entre la UCD —el partido gubernamental— y el PNV. La consiguiente ratificación tuvo lugar con el referéndum efectuado pocos meses después en la región.

En marzo de 1980, la creación del primer Parlamento vasco autónomo, con el PNV en una posición dominante, vio el cambio decisivo en el liderazgo del movimiento étnico de ETA al PNV. Sin embargo, a pesar del comienzo de su declive, ETA mantuvo su influencia política en las asambleas locales electivas y mantuvo estrechos lazos con algunos de los grupos nacionalistas más radicales.

De hecho, únicamente Euzkadiko Ezkerra (EE) renunció muy pronto a toda forma de apoyo a la lucha armada⁴² y, finalmente, ocupó el espacio político del *Partido Comunista de Euzkadi*, que fue incapaz de conciliar objetivos sociales y étnicos. Por otro lado, Herri Batasuna (HB) —el segundo partido nacionalista después del PNV— se presentó como una coalición de pequeños grupos políticos de diferentes tendencias —comunistas, libertarias, marxistas-leninistas, socialdemócratas, tradicionales-nacionalistas— unidas por el mismo propósito independentista y por el reconocimiento de ETA como el líder del movimiento nacionalista⁴³. La composición social del electorado de

⁴² Más adelante, gracias a las presiones de EE, un notable número de militantes de ETApM abandonó la lucha armada («Euzkadi: 1982», suplemento de *Egin*, p. 103).

⁴³ Véase J. CORCUERA ATIENZA y M. A. GARCÍA HERRERA, «Sistema de partidos, instituciones y comunidad nacionalista en Euzkadi», en *Revista de Política Comparada*, núm. 2, 1980, pp. 172-174.

HB es similar al de ETA. Está compuesto por jóvenes varones, con frecuencia empleados en el sector agrícola en declive de los *caseríos*, cuyos modestos salarios se encuentran con frecuencia complementados con el trabajo en pequeñas empresas localizadas en los alrededores de las grandes ciudades. Este tipo de organización productiva es particularmente frecuente en Guipúzcoa. Allí, de hecho, en la elección del nuevo Parlamento vasco, en febrero de 1984, HB obtuvo el 18 por 100 de los votos, es decir, casi un 3,5 por 100 más que su media regional⁴⁴.

De todos modos, la razón para la continuidad del éxito tanto de este partido político como, indirectamente, de ETA entre amplios sectores de la población joven no puede ser explicada únicamente por la preponderancia dentro de éstos de los sectores más tradicionales del movimiento nacionalista o por su milenarismo socialista, teñido de influencias religiosas. Principalmente es el elemento unificador proporcionado por ETA el que —incluso en ausencia de unos programas concretos y homogéneos— permite a HB llegar a áreas más amplias del electorado joven cuando la división entre Madrid y la región vasca sigue siendo todavía grande. La radicalización política que siguió al conflicto entre el Estado y la comunidad vasca ayudó a difundir la hostilidad contra el poder central. Hoy las actitudes pro independentistas están incluso más diseminadas que lo que indica la fuerza electoral de HB⁴⁵. Y, más aún, el recurso por parte de la policía a la tortura y a métodos represivos similares a los utilizados bajo el régimen autoritario facilita la continuidad de ideologías extremistas.

Por último, pero no menos importante, el conjunto de características sociológicas del electorado de HB favorece a este partido nacionalista y su apoyo a ETA. Los electores empleados en pequeñas empresas, que se desplazan entre el campo y la ciudad o, incluso peor, que están subempleados, son incapaces de dar una forma organizada a la representación de sus intereses de clase. Carentes de estructuras organizativas como las adoptadas por la clase trabajadora en las grandes fábricas, estos grupos sociales no están familiarizados con la tradición de la negociación política del movimiento sindical. Por el contrario, están muy atraídos por un milenarismo socialista que percibe únicamente conflictos de suma cero. Habiendo crecido en las redes de la solidaridad comunal de la subcultura, su identidad política se expresa y se consolida mediante su apoyo activo a ETA.

Por ello es probable que mientras que estos grupos sociales no consigan organizar sus intereses y encontrar canales de negociación política compatibles

⁴⁴ *El País*, 27 febrero 1984.

⁴⁵ Una investigación llevada a cabo en 1980 muestra que el 32,7 por 100 de 468 electores de los tres partidos nacionalistas (PNV, HB, EE) es favorable a la independencia política de la región vasca (*Abertzales y vascos*, op. cit., p. 86). Se ha señalado también una correlación positiva entre la utilización de la lengua regional y los sentimientos pro independentistas mucho más fuerte entre las personas vasco-parlantes que en Cataluña (G. SHABAD y R. GUNTHER, «Language, Nationalism and Political Conflict in Spain», en *Comparative Politics*, XIV, 1982, pp. 446-456).

con las reglas del nuevo régimen español, el terrorismo vasco no será totalmente derrotado por medio de los métodos represivos adoptados por el Estado. De hecho, estos medios pueden reactivar de nuevo el terrorismo, como ha sucedido con frecuencia en el pasado.

Después de que el PSOE llegara al Gobierno tras las elecciones de octubre de 1982, la división entre Madrid y Euzkadi llegó finalmente a ampliar la oposición entre las identificaciones políticas basadas en reivindicaciones sociales y aquellas basadas en reivindicaciones culturales⁴⁶. Desde 1977, esta oposición se expresó en el sistema de partidos a nivel local, por medio del conflicto entre el PSOE y el PCE, por un lado, y los partidos nacionalistas, por otro, y —dentro de las organizaciones nacionalistas— entre EE y HB. Hasta el momento, estos contrastes no han dado lugar a conflictos entre la población autóctona y la inmigrante, en parte también porque la crisis económica frenó la inmigración y los trabajadores no autóctonos que se quedaron sin empleo retornaron a sus regiones⁴⁷. Sin embargo, no hay duda de que el predominio de la «cuestión vasca» en el debate político no facilita la integración de los inmigrantes. En las elecciones municipales se dio un alto nivel de abstencionismo, que penalizó principalmente al PSOE (véase tabla 1).

Por último, los dos grandes partidos nacionalistas tienen programas políticos muy diferentes. El PNV es un partido centrista, influido por la Iglesia y autonomista. Finalmente condenó claramente las acciones terroristas de ETA, después de haber sido ambivalente durante largo tiempo por razones políticas. HB es un partido de izquierdas pro independentista y apoya abiertamente a ETA. Incluso con posiciones diferentes en el espectro del sistema de partidos local, ambos partidos convergen en la meta de consolidar en la sociedad vasca y en la vida política el predominio de la identificación política étnica.

El PNV está reforzando y expandiendo activamente su firme dominio y no oculta sus ambiciones integracionistas. Desde esta perspectiva, la estructura básica del partido (el *batzoki*) tiende a ser el centro de la vida asociativa en todas sus formas. Más aún, el sindicato ELA-STV, conectado con el partido, es el único que proporciona un fondo de solidaridad para ayudar a los obreros en huelga. Gracias también a la consolidación organizativa del partido, ELA-STV logró obtener en las elecciones sindicales de 1982 el mayor número de representantes, sobrepasando al socialista UGT y al comunista CC. OO. no sólo en las pequeñas empresas, sino también en las fábricas con más de mil empleados⁴⁸.

HB no posee la ventaja del asentamiento subcultural del PNV, pero ha sido capaz de llegar a grupos sociales que el PNV nunca habría alcanzado y, por lo tanto, ha reforzado el movimiento nacionalista. El abstencionismo

⁴⁶ En el clima de creciente tensión creada entre los nacionalistas radicales y el PSOE, ETA asesinó por primera vez a un parlamentario socialista en febrero de 1984 (*El País*, 23 febrero 1984).

⁴⁷ Entrevista del 27 julio 1983.

⁴⁸ *Lanten* (periódico de ELA-STV), 1982.

TABLA 1

Resultados electorales en el País Vasco, 1977-1984
(Porcentajes)

	(1)	(1)	(2)	(3)	(1)	(2)	(3)
	<i>Junio</i> 1977	<i>Marzo</i> 1979	<i>Abril</i> 1979	<i>Marzo</i> 1980	<i>Octubre</i> 1982	<i>Mayo</i> 1983	<i>Febrero</i> 1984
PNV	28,8	27,5	36,9	38,0	32,0	38,7	41,7
HB *	4,3	15,1	19,7	16,5	14,8	14,0	14,6
EE	6,3	7,9	7,3	9,8	7,7	7,8	8,0
PSOE	28,1	19,1	15,6	14,2	29,4	26,3	23,3
PCE	4,6	4,7	4,4	4,0	1,8	2,5	1,4
UCD	17,2	16,7	11,2	8,5			
AP	7,1	3,5	1,0	4,8	11,7	8,7	9,4
Otros	3,6	5,5	3,9	4,2	2,8	2,0	1,6
TOTAL VOTANTES.	1.042.000	1.033.000	970.000	932.000	1.223.000	1.013.000	
ABSTENCIONES ...	23,6	34,1	38,2	41,2	19,4	35,4	

(1) Elecciones generales.

(2) Elecciones municipales.

(3) Elecciones Parlamento vasco.

* En 1977, HB no se había formado. Sin embargo, dos grupos políticos (ANB y ESB) que se fusionaron después con HB concurren a las elecciones.

FUENTES: Los datos referidos a las elecciones de 1977 a 1982 están tomados de LLERA RAMO, «Elecciones y partidos políticos en el País Vasco y Navarra en 1982», ponencia presentada al *III Congreso Nacional de la Asociación Española de Ciencia Política*, marzo 1983, tabla 2; los referidos a las elecciones municipales de 1983 están tomados del diario *Egin*, 10 marzo 1983; los datos de las elecciones al Parlamento vasco de 1984 están tomados de *El País*, 27 febrero 1984.

«por principio» adoptado por HB en el Parlamento vasco permitió gobernar al PNV, sin tener una mayoría parlamentaria, desde 1980 hasta 1984 sin tener que formar coalición.

Algunas notas a modo de conclusión

Explicar por medio de un único esquema la amplia heterogeneidad de los movimientos étnicos de los últimos veinte años y de sus predecesores de comienzos del siglo XIX ha sido el recurso de los modelos macropolíticos. Desde esta perspectiva, las principales razones para el surgimiento de un movimiento étnico se han hallado en las relaciones centro-periferia. Este tipo de explica-

ción no parece encontrar una adecuada confirmación empírica en nuestra investigación.

En primer lugar, por ejemplo, el modelo de la incongruencia estructural entre desarrollo económico y liderazgo político a lo largo del eje de las relaciones centro-periferia explica el surgimiento de un movimiento étnico como consecuencia de la resistencia por parte de una región rica a reconocer un Estado dirigido por un centro pobre. Según este modelo, la primera ola del nacionalismo vasco fue una reacción a la política fiscal de Madrid que obstaculizó los primeros escalones de la industrialización. En consecuencia, la reaparición del movimiento se explicaría por la persistencia del desequilibrio económico entre el centro y la periferia ⁴⁹. En realidad, el primer nacionalismo no se originó en torno a la defensa de la industrialización amenazada desde el exterior, sino como una reacción hacia el centro, que, en lugar de obstaculizarla, ayudó activamente a su desarrollo a través de políticas proteccionistas ⁵⁰. Del mismo modo, parece no tener base alguna la versión ideológica del modelo de la incongruencia estructural propuesto por el nuevo movimiento vasco. La acusación a Madrid de haber explotado los recursos económicos de la región sin ofrecer nada a cambio se refuta por el flujo de inversiones privadas que, durante y después del régimen de Franco, se concentró en el País Vasco más que en las demás regiones españolas.

En contraste con lo anterior, el modelo del colonialismo interno ⁵¹ plantea la hipótesis de la aparición de movimientos pro independentistas en las regiones económicamente atrasadas dependientes de centros bien desarrollados. En este caso, la subordinación es el resultado de una «división cultural del trabajo», jerarquizada socialmente para discriminar a algunos de los grupos étnicos. Más aún, este análisis teórico, que ha sido usado por las alas más radicales del movimiento vasco, ha visto probada su falta de adecuación por los datos de la investigación. El intento de presentar a Euzkadi como un país colonial, dependiente de una metrópoli avara, no tiene en cuenta el hecho de que el País Vasco está económicamente favorecido en comparación con la mayor parte de las regiones españolas.

El modelo que explica la reaparición del movimiento étnico de los sesenta como consecuencia de la acción de una *intelligentsia* regional es también incapaz de ofrecer una explicación satisfactoria de los orígenes del movimiento vasco. Según este modelo, el colapso del imperio colonial produce la pérdida de oportunidades ocupacionales externas, penalizando de este modo a los estratos intelectuales que fueron producidos en exceso para las necesidades internas ⁵². En el caso español, por el contrario, la pérdida de los mercados

⁴⁹ Véase GOUREVITCH, *op. cit.*, p. 312.

⁵⁰ Véase CORCUERA ATIENZA, *op. cit.*

⁵¹ Véase HETCHER, *op. cit.*

⁵² Véase SMITH, *op. cit.*, pp. 267-280.

exteriores data de un pasado más remoto. En las épocas más recientes, además, la *intelligentsia* vasca ha sido de las menos afectadas por la crisis de empleo, gracias a la capacidad de absorción del sector privado de la economía local. Más bien, el radicalismo político de los intelectuales vascos se alimentó con su aversión hacia la burocracia pública, compuesta por funcionarios venidos de fuera y seleccionados por el Gobierno central.

Como dijimos al comienzo de este artículo, esta falta de concordancia entre los modelos generales y los casos específicos subraya los riesgos de aquellas explicaciones que establecen un origen directo del movimiento del conflicto, sin ofrecer instrumentos analíticos para el examen de las dinámicas de la movilización. Este proceder analítico produce unas explicaciones macro-sistémicas que difícilmente pueden ser falsificadas. No se prevé, de hecho, ningún sistema de control que pueda verificar la existencia de una conexión definitiva entre los actores movilizados y las causas generales del conflicto.

En nuestro artículo tratamos de evitar estos riesgos concentrando nuestra atención en las condiciones que promovieron la movilización y el desarrollo del movimiento. Usando esta perspectiva analítica, se estableció una correlación directa entre la evolución de las condiciones internas a la comunidad étnica y las externas que se refieren al sistema político. Se dio una relevancia causal a esta correlación para la explicación de la movilización, el desarrollo y los resultados del movimiento. En particular, subrayamos que la precondition del conflicto entre el poder central y el movimiento vasco fue la incapacidad de la estructura política franquista de adaptarse a los cambios sociales que el mismo régimen había producido al mantener el desarrollo de la «segunda industrialización». El régimen se negó, de hecho, a institucionalizar los conflictos sociales surgidos durante el ciclo económico expansivo. Pero favoreció, de este modo, la movilización política de los actores que estaban más directamente interesados en encontrar canales institucionales autónomos para sus demandas políticas. Explotaron al comienzo las oportunidades políticas que siguieron a la limitada liberalización que inició el Gobierno en su intento de favorecer el desarrollo económico. Estos actores colectivos —y en particular CC. OO.— ofrecieron apoyo político y ayuda organizativa a los primeros núcleos del movimiento vasco cuando comenzaron a emerger.

Junto al contexto favorable, otro elemento esencial para la reaparición del movimiento vasco fue la preservación de las redes de solidaridad comunal, incluso después de los notables cambios económicos que transformaron el entorno social.

En este entorno, rico en redes de solidaridad subculturales, los sujetos más afectados por la llamada de la organización de un movimiento étnico vinieron de un proletariado recién o parcialmente urbanizado, localizado en una estructura productiva geográficamente fragmentada. La influencia política de este actor social en las organizaciones vascas creció después de la reducción del espacio para la acción legal provocada por la respuesta del poder

central a la lucha obrera y estudiantil, durante el período de recesión económica. Esta nueva situación política fomentó la difusión de formas clandestinas de acción que, finalmente, dieron lugar a la ruptura entre organizaciones étnicas y trabajadoras.

La elección de la clandestinidad y de un radicalismo político acentuado favoreció el recurso frecuente a las acciones terroristas, que adquirieron en el País Vasco una continuidad y una frecuencia sólo comparables con las de las provincias del Ulster irlandés. Sin duda, la persistencia a lo largo del tiempo de este fenómeno es debida principalmente a las políticas represivas del régimen autoritario, que negó el acceso a la escena política a nuevos actores, especialmente en el período de dificultades económicas. La cerrazón del sistema político llevó a la radicalización de un conflicto que llegó a ser visto por sus protagonistas excluyendo todo compromiso.

Sin embargo, es necesario añadir que la predilección por la acción terrorista en las organizaciones clandestinas de los movimientos étnicos ha de ser explicada también por los orígenes sociales de sus militantes, que provienen de un proletariado urbano demasiado fragmentado para organizar estructuralmente sus propios intereses económicos. Estos estratos sociales están, pues, menos inclinados a la negociación política que el proletariado industrial de las grandes empresas.

El efecto del uso de repertorios más radicales en los resultados del movimiento es difícil de establecer. Las organizaciones étnicas más intransigentes han desempeñado, ciertamente, un papel marginal en las negociaciones para la resolución de la cuestión vasca. Sin embargo, está fuera de toda duda que la escalada del terrorismo desarrollada por ETA entre 1978 y 1980 entrañó el riesgo de comprometer el éxito de la transición y forzó al Gobierno a garantizar una amplia autonomía regional. De aquí que el caso vasco parezca confirmar que la apertura de las instituciones formales a las demandas políticas de los movimientos colectivos, en un período de inestabilidad de la coalición dominante, favorece el éxito de la protesta social. También, en el País Vasco el movimiento fue apoyado en sus reivindicaciones por aliados influyentes —tales como los partidos de izquierda—, pero, de hecho, su papel fue menos influyente que lo que suponen algunos modelos explicativos⁵³.

En el caso vasco fue, principalmente, la inestabilidad de la coalición dominante y la fuerza del movimiento autónomo la que creó una actitud más tolerante hacia las demandas desde abajo. En nuestra investigación, la inestabilidad de la coalición dominante está relacionada con el problema de la transición del régimen. La transición es, evidentemente, un fenómeno de rara inestabilidad política que ofrece notables oportunidades para todos los actores externos a esta coalición dominante. Incluso siendo difícil prever los posibles

⁵³ Véase TARROW, *op. cit.*

resultados del movimiento vasco si el sistema político español no hubiera pasado por un proceso de cambio de régimen entre 1976 y 1982, es de todos modos muy improbable que Euzkadi se hubiera convertido en la *Comunidad Autónoma Vasca*.

(Traducido por María Luz MORÁN.)